

5

Pinceladas de una historia de casi
quinientos años

JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

RAÍCES DE FUTURO



Colección Raíces de Futuro. Serie Raíces
5. Pinceladas de una historia de casi quinientos años
José María Rodríguez Olaizola, sj

Copyright @ 2019 by *Educc* – Editorial de la Universidad
Católica de Córdoba.
Diseño editorial: Sofía García Castellanos.

Rodríguez Olaizola, José María

Pinceladas de una historia de casi quinientos años / José María Rodríguez
Olaizola. - 1a ed. - Córdoba : EDUCC - Editorial de la Universidad Católica de
Córdoba, 2019.

Libro digital, PDF - (Raíces de futuro ; 5)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-626-420-4

1. Jesuitas. 2. Órdenes Religiosas. I. Título.
CDD 271.53



La presente obra se publica bajo los términos y condiciones de la licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar.
© EDUCC - Editorial Católica de Córdoba.



Pinceladas de una historia de casi quinientos años

■ JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

Este texto forma parte de la serie **Raíces** perteneciente a la colección **Raíces de Futuro**; está tomado de Rodríguez Olaizola, J. M. (2010). En *Compañía de Jesús* (pp. 45-65). Bilbao: Sal Terrae – Mensajero. Se reproduce con autorización del autor.

Hay mucha gente joven a quien la historia le parece pesada. Una sucesión de fechas, nombres e historietas propias del abuelo Cebolleteo (que era otro personaje del cómic, que ya hoy está también desaparecido, o sea que él mismo es historia, y siempre torturaba a sus familiares hablándoles de sus recuerdos). He conocido gente que dice que, a partir de cuarenta a cincuenta años para atrás, pues todo es una amalgama de lo mismo, que la historia no es algo interesante, sino una disciplina para los libros o materia para los exámenes, que te quitas de en medio en cuanto puedes...

La verdad es que nadie conoce toda la historia. Pero, como te decía en la introducción, si quieres co-

nocer de verdad a alguien –y esto vale no sólo para las personas, sino también para los grupos o las instituciones– es necesario saber de dónde vienes, cuáles son los momentos más significativos de su camino, sus logros, sus fracasos, sus heridas...

Es impensable sintetizar en estas páginas la historia de la Compañía de Jesús. Toda síntesis va a caer un poco en la caricatura. Son casi cinco siglos, y muchos nombres y episodios. Es una historia con luces y sombras, con grandes aciertos y errores notables. Posiblemente voy a ser muy simple, y no pretendo contarte “la historia” de los jesuitas. Solo intentaré ofrecerte un esquema, un apunte de esa historia, para hablarte de tres grandes etapas de la Compañía hasta llegar a lo que es hoy.

PRIMERA ETAPA: DOS SIGLOS DE CRECIMIENTO. LOS JESUITAS, EXPLORADORES INMERSOS EN UN MUNDO QUE CAMBIA A MARCHAS FORZADAS

Los primeros dos siglos fueron un tiempo de crecimiento y despliegue impresionante. Ya en tiempos de san Ignacio la Compañía de Jesús se extendió por todo el mundo conocido. Esta tendencia continuó tras su muerte. Quizás porque era justo lo que la Iglesia necesitaba en ese momento. Una orden religiosa apostólica, de gente que no viviera tras los muros de un convento, sino mucho más en los caminos. Enviados por el Papa, los jesuitas llegaron hasta los confi-

nes de un mundo que, con los nuevos descubrimientos, no dejaba de crecer.

“LOS JESUITAS NO SOMOS MONJES
(...) EL MUNDO ES NUESTRA CASA.”
JERÓNIMO NADAL, SJ EN 1561

Pero además, dada su formación, que desde el principio fue rigurosa y larga –respondiendo a la idea de Ignacio de que para anunciar el Evangelio había que estar preparados–, se les reclamaba allá donde había disputas teológicas, científicas o como confesores y consejeros de los hombres más poderosos de su época. Eso hizo que rápidamente se convirtiesen en una orden poderosa.

El poder siempre genera conflicto, y no estuvo ausente de sus filas. Conflictos intelectuales a la hora de resolver controversias sobre asuntos de fe. Y conflictos de intereses cuando entraban en juego convicciones, riquezas, conveniencias o influencia –como el conflicto con los portugueses a costa de la esclavitud que llevaría a la desaparición de las reducciones en América–. Los jesuitas no dudaron en tomar partido, en ocasiones, contra el poder establecido, lo que les granjeó antipatías que llevarían a su desaparición prematura –el caso de Portugal es, de nuevo, ejemplar–.

Estos dos primeros siglos fueron época de una efervescencia notable. Convirtieron la educación, con la creación de colegios, en su forma prioritaria de evangelizar.

Se caracterizaron por su diversidad, su capacidad para abrir nuevos caminos y su disposición para dialogar de tú a tú en los nuevos campos del saber que en estos siglos se fueron alumbrando. Probaron lenguajes más accesibles a la gente: el teatro y la música. Llegaron a tener 560 teatros en Europa, vinculados a los colegios. En otros lugares, como en las colonias de América, desarrollaron el teatro al aire libre como forma de evangelizar. Desde muy pronto hubo jesuitas intrépidos, como Mateo Ricci, que, tras los pasos de Francisco Javier, llegó a China a finales del siglo XVI y gracias a sus conocimientos de cartografía, matemáticas o filosofía, consiguió entrar en contacto con la alta cultura china. Probaron nuevas formas de anunciar el Evangelio, que no siempre fueron bien comprendidas ni aceptadas.

Pionero en otra dirección fue Pedro Claver, que en los comienzos del siglo XVII y cuando aún se veía como evidente la conveniencia de la esclavitud, dedicó su vida, en Cartagena de Indias, a cuidar a los esclavos en medio del desprecio y la incompreensión de muchos.

También destacaron en las ciencias. El calendario tal y como lo conocemos hoy –el llamado calendario gregoriano– fue creado, a instancias del papa Gregorio XIII, por el astrónomo más destacado del siglo XVI, el jesuita Christopher Clavius. El jesuita alemán Atanasio Kircher, en el siglo XVII, será conocido

como “el Maestro de las cien artes”. Matemático, físico, lingüista, astrónomo y arqueólogo, fue una de las mentes más prodigiosas de su época. Entre sus inventos está la máquina del movimiento perpetuo, que por medio de imanes conseguía el movimiento eterno de una flecha de hierro situada en el centro del artefacto, o la linterna mágica, precursora del cinematógrafo.

El espíritu emprendedor, dinámico y novedoso de la propuesta de Ignacio resultó muy fecundo. Especialmente en el siglo XVII es una época de auge increíble.

Sin embargo en el siglo XVIII los conflictos de los que hemos hablado empezaron a pasar factura. Era una época interesante. Los enfrentamientos entre la ciencia y la fe generaron duras polémicas. La Ilustración fue un movimiento que ensalzó la razón como categoría básica. Frente a verdades reveladas o creencias que se consideraban supersticiosas, los ilustrados defendían la razón humana como vía del conocimiento. Aceptaban la existencia de un Dios sólo si era cognoscible por la razón. Los jesuitas, identificados como defensores de las posturas de la Iglesia, pronto empezaron a ser vistos con recelo o con franca animadversión en algunas de las principales cortes europeas. Y así se terminó desencadenando una fuerte campaña contra ellos. Primero fue Portugal, donde el Marqués de Pombal consi-

guió su expulsión en 1759. Después vinieron Francia, España y todos sus territorios coloniales... Finalmente, en 1773 el papa Clemente XIV decretó su supresión. Se expropiaron sus propiedades y se les dispersó. La Compañía de Jesús dejó de existir, salvo en Rusia y en Prusia, donde los monarcas se negaron a promulgar la supresión, interesados en mantener su labor educativa.

Así que durante cuarenta años prácticamente no existió Compañía de Jesús. Fueron, además, años turbulentos en Europa. Los años de la Revolución Francesa, de la crisis del Antiguo Régimen y del imperio napoleónico. Una época de vértigo que dejó, al caer Napoleón, un continente agotado y preguntándose qué hacer.

SEGUNDA ETAPA. LA COMPAÑÍA (EN LA IGLESIA) FRENTE AL MUNDO MODERNO. ¿SON LOS JESUITAS UNOS CONSERVADORES?

Cuando al final volvió la calma al continente, bajo la bandera de la restauración, se restauró también la Compañía de Jesús. Y aquí empieza la segunda época. Estamos en 1814. Es la época en que las monarquías europeas intentan restablecer el absolutismo –aunque ya no va a ser posible-. Se intenta recuperar valores que se dicen arrasados por las revoluciones. Se intenta volver a lo anterior, pero en

la historia es muy difícil dar marcha atrás. La Compañía es vista por los restauradores como un instrumento al servicio de los viejos valores.

Pero el siglo XIX no solo no va a ver la restauración del Antiguo Régimen, sino que va a ser tiempo de grandes transformaciones. Es el siglo de las grandes negaciones de Dios y del surgimiento de las ideologías que aún hoy nos hacen hablar de derechas e izquierdas.

En ese contexto la Compañía es restaurada para hacer frente a todas esas olas de modernismo. Es decir, y para entendernos, como bastión de la tradición. Y ciertamente, vamos a tener durante siglo y medio una Compañía de Jesús muy conservadora. La postura de la Iglesia en este siglo va a encastillarse frente a tanta novedad, enfrentarse a planteamientos que cuestionan creencias milenarias. La Compañía, siempre al servicio de la Iglesia, se convertirá en punta de lanza de ese enfrentamiento.

Déjame aprovechar este punto para compartir una reflexión contigo. Siempre que hablamos en estos términos parece que terminamos en la caricatura o en la confrontación. Derechas o izquierdas, conservadores o progresistas, tradición o novedad... Lo fácil aquí es hacer una lectura pobre de las cosas. Generalmente quien se considera progresista acusa a aquellos que defienden posiciones contrarias a las suyas de ser rancios, anacrónicos, intransigentes o

enemigos del progreso... En el lado contrario, puede ocurrir que el que defiende valores tradicionales inmediatamente acuse a quienes buscan novedad de ser “progres” de pacotilla, relativistas, vividores o gente sin fundamento. Si eres joven esta tendencia es más acentuada, pues parece que todo es blanco o negro –aunque hoy en día, la verdad, este extremismo ocurre casi a cualquier edad...-. Algo parecido podría sucedernos al recorrer así de rápido la historia de la Compañía de Jesús. ¿En esta etapa intermedia los definimos como conservadores, y luego los definiremos como progresistas? Esos análisis probablemente son un poco simples. Sirven, en todo caso, para ilustrarnos sobre tendencias generales, pero sin duda requerirían algo más de matiz.

En esa época había mucha confusión. El siglo XIX y la primera mitad del XX fue un tiempo difícil. Hubo muchos cambios, todos de golpe, de los que había habido en el milenio anterior. Voces, propuestas, gritos, revoluciones, filosofías, técnica, desarrollos de la ciencia, proclamas estridentes, guerras mundiales...

Quizás hayas oído hablar de Feuerbach, Freud, Marx, Nietzsche y sus grandes críticas a la religión. Habrás oído hablar de socialismos, marxismos y anarquismos, de etapas de anticlericalismos vinculadas a algunos movimientos sociales. Habrás oído hablar de polémicas como el darwinismo y el choque entre la teoría de la evolución y la doctrina de

la creación. ¿Qué suponía aceptar la ciencia con sus descubrimientos? ¿Dónde dejaba esto algunas afirmaciones de la fe? Hoy sabemos cómo responder a estas cuestiones, pero hace cien años eran preguntas que provocaban verdaderos cataclismos y muy pronto llevaban a hablar de herejía.

En medio de todo aquel caos la Iglesia se vio en cierta crisis. Necesitaba aprender a dialogar con la ciencia (que a su vez necesitaba aprender a dialogar con la fe), y con la cultura, y con otros pueblos. Había inseguridad, quizás incluso miedo. Es cierto. Miedo a que la novedad trajese el caos. Pero al mismo tiempo, y quizás como reacción, había efervescencia. Fue un siglo de recuperación de tradiciones, de una religiosidad popular notable, de devociones masivas, de creación de innumerables órdenes religiosas, masculinas y femeninas, de aparición de publicaciones, de formulación, por vez primera, de cuestiones como una doctrina social pensada para entender los nuevos problemas económicos...

Solo que quizás todo era con mucho extremismo. Y ahí le tocó bandearse a la Compañía de Jesús, como una de las voces más significativas de esta Iglesia. Sería un error creer que no hubo en esta época capacidad crítica, busca de diálogo o la sensibilidad social que late en la espiritualidad de la Compañía. Eso sí, quizás no con la intensidad de otras épocas. De nuevo en esta etapa la red educativa de los jesuitas se extiende a lo largo y ancho del

mundo. En Europa, con tremenda fuerza. Algunos de los teólogos más relevantes en la preparación y desarrollo del Concilio son jesuitas, como Karl Rahner o Henri de Lubac, surgidos en la solidez y seriedad de esa tradición. Y figuras como el jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin, original y polémico en su visión de la evolución de la materia y de la vida, muestran una efervescencia e inquietud que nunca se apagó.

TERCERA ETAPA. LA COMPAÑÍA TRAS EL CONCILIO VATICANO II. EL IMPULSO DEL PADRE ARRUPE

No sé si sabes sobre historia de la Iglesia. Quizás hayas oído hablar del Concilio Vaticano II. Aquella reunión de los obispos de todo el mundo, convocados por el papa Juan XXIII, que se desarrolló entre 1962 y 1965 abrió una etapa nueva para la Iglesia católica. Ya hemos señalado cómo se venía de una época turbulenta, en la que la Iglesia estuvo como refugiado, encastillado y enfrentada al mundo moderno. Sin embargo, el Concilio Vaticano II grita al mundo que la Iglesia quiere dialogar con la modernidad, que entiende que el enfrentamiento o la condena recíproca no son la solución, que hay muchas tareas pendientes y búsquedas que han de hacerse desde el entendimiento.

La Iglesia abre la puerta a las reformas. Aspectos de la vida eclesial que habían permanecido intactas

durante cuatrocientos años cambian radicalmente. Uno de los ejemplos más visibles es la liturgia. Las misas –y estamos hablando de hace cincuenta años– eran en latín, según el rito establecido por el Concilio de Trento; dan paso a misas en los idiomas de cada país, con el celebrante de cara a la gente. Cambian las músicas, los lenguajes... Es una época de enorme creatividad. Unos dirán que de excesos, otros dirán que está bien así.

También en lo externo cambian los hábitos. Las tradicionales sotanas y trajes negros dan paso en el caso de muchos religiosos a la ropa de calle. Muchas congregaciones dejan de vestir con regularidad sus hábitos. Los grandes conventos, en muchos casos, se abandonaron para vivir en casas, pisos, con la idea de que hay que «mezclarse» con el mundo.

Otras reformas, quizás no tan formales, son igualmente hondas en la Iglesia. Se habla de la importancia de la libertad religiosa, de los diálogos pendientes con la cultura, con la ciencia, con cristianos de otras confesiones y con creyentes de otras religiones.

Tras el Vaticano II empieza una época de enorme renovación en todos los grupos de la Iglesia. La Compañía de Jesús también cambia radicalmente. En mayo de 1963 es elegido General de los jesuitas el Padre Pedro Arrupe, un vasco que había pasado buena parte de su vida en Japón. Se convierte en

una figura de enorme proyección mundial. Su carácter cordial y carismático, su facilidad para hablar en cualquier contexto, su valentía para afrontar cuestiones polémicas y su convicción de que era necesario cambiar muchas costumbres para ser fieles a lo esencial hacen que con él comience esta etapa de cambio en la Compañía de Jesús. Y con los jesuitas como referencia, muchos otros grupos en la Iglesia.

En 1974 convoca la *Congregación General 32* de los jesuitas, con la intención de hablar de todos estos cambios. Es en esta reunión donde cuaja una formulación que se venía gestando ya durante bastantes años. Es la afirmación de la unión entre la fe y la justicia como elemento esencial en la espiritualidad ignaciana y en la vida de todo jesuita. Este binomio se va a convertir en la referencia para evaluar todas las actividades de los jesuitas. Ha de iluminar la educación y la labor social, la reflexión teológica y los diálogos pendientes, la vida comunitaria y la coherencia personal.

La tercera etapa en la historia de la Compañía de Jesús, que todavía estamos viviendo hoy en día, arranca de estas transformaciones. Realmente no podemos hablar de historia. Ya sabes que la historia mira más atrás. Lo ocurrido tras el Vaticano II es tan reciente que aún está empezando. Muchos cambios aún llevarán décadas. Todavía está todo tan cerca que, según a quién le preguntes por las últimas dé-

cadassobre los jesuitas, te puede decir cosas muy diferentes. Habrá quien, nostálgico, te diga que ya no son lo que eran, que cuando él estudiaba con los jesuitas eso sí que era serio. Habrá quien, crítico, te hable de excesos, abusos o faltas de criterio en esta época. Habrá quien, entusiasta, te diga que son los más lúcidos, los más creativos o los más audaces... Pues oye, ni tanto ni tan calvo. Seguramente, si conoces a algunos, tú mismo puedes señalar que en la Compañía de Jesús, como en la Iglesia, hay de todo. Y hoy en día sigue habiendo la misma búsqueda primera. ¿Cómo anunciar a Dios en este mundo que a menudo parece prescindir de él? ¿Cómo construir sociedades donde la propuesta del Evangelio de un mundo más justo y más fraterno se haga realidad?

En todo caso, el cambio supuso una efervescencia creativa y fecunda, aunque también muchos problemas. Los jesuitas empezaron a buscar nuevos caminos. Deseosos de abrir cauces y puntos de encuentro, se zambulleron en medio del mundo contemporáneo. Intentaron que la Iglesia saliese al encuentro de quienes, por distintas razones, se habían alejado de ella. Los hubo que se fueron a trabajar a las fábricas o a los talleres. Convencidos de la necesidad de trabajar por la justicia, muchos de ellos se lanzaron a los espacios más rotos de nuestro mundo, al encuentro con los más desvalidos. América Latina se convirtió en referencia en una época en la que la teología de la liberación –con sus luces y sus

“LLEGARÁ EL DÍA EN QUE DESPUÉS DE APROVECHAR EL ESPACIO, LOS VIENTOS, LAS MAREAS Y LA GRAVEDAD, APROVECHAREMOS PARA DIOS LAS ENERGÍAS DEL AMOR. Y ESE DÍA, POR SEGUNDA VEZ EN LA HISTORIA DEL MUNDO, HABREMOS DESCUBIERTO EL FUEGO.”
TEILHARD DE CHARDIN

sombras- clamaba por una nueva radicalidad y una mayor coherencia en la vivencia del Evangelio. El trabajo por la justicia llevó, en según qué contextos, a la muerte de bastantes jesuitas. Solo durante la época en que el

Padre Arrupe fue General, 49 jesuitas fueron asesinados por ponerse del lado de las víctimas de nuestro mundo. Otros muchos vendrían después, como Ignacio Ellacuría y sus compañeros en la Universidad Centroamericana de El Salvador; Vicenta Cañas, asesinado en Brasil por defender las tierras de los indios del Mato Grosso de la explotación comercial, o le congoleño Christophe Munzihirwa, arzobispo de Bukavu, asesinado en 1996 por defender a cientos de miles de refugiados. Son solo alguno de los nombres de una lista amplia, que invita a pensar. Hay quien los acusará de abandonar el Evangelio para convertirse en agitadores, y quien puede pensar que el compromiso social no es cosa de curas, que deberían en cambio centrar su labor en la vida espiritual de los pueblos y no en cuestiones sociales y económicas. Pero la espiritualidad ignaciana –de hecho, el Evangelio, se mire por donde se mire- no puede prescindir el mundo y sus gritos. Y querer reducir esto a una cuestión de ser rojos o azules, de

izquierdas o de derechas, conservadores o progresistas, es una simplificación injusta, como tantas en nuestra época.

La realidad de los refugiados, y el desplazamiento forzoso de cientos de miles de personas por causa de la violencia, en un mundo cada vez más global, empujó al Padre Arrupe a crear el Servicio Jesuita a los Refugiados.

Junto a la justicia, la fe. La convicción de que los ejercicios espirituales de san Ignacio siguen siendo una forma privilegiada de asomarse al Evangelio llevó a los jesuitas de todo el mundo a buscar maneras nuevas de presentar estos ejercicios y, con ellos, el acceso a Jesús. A ancianos y jóvenes, a través de retiros, convivencias colegiales, en la vida diaria o apartándose del mundo.

El diálogo con quien piensa, busca o cree de maneras distintas lleva a muchos de ellos a dedicar su vida a la labor intelectual, en muchas áreas desde la reflexión y profundización propias del mundo académico y universitario a la divulgación, a través de todo un mundo de publicaciones que tratan de ayudar a la gente a formarse. En teología y filosofía, en el diálogo entre la fe y la ciencia, el diálogo interreligioso, el análisis sociológico, le relación entre psicología y religión...

Y ahí están hoy. Quizás conoces a alguno. En universidades y colegios, en parroquias y asociaciones,

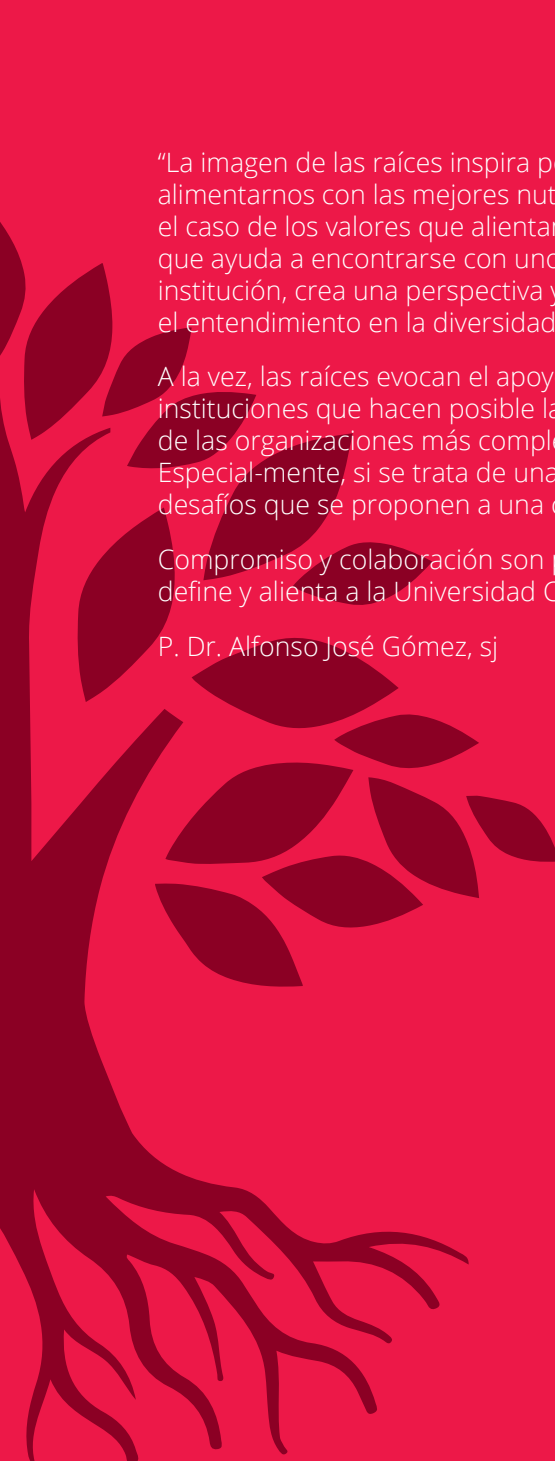
en ONG y cárceles, entre los que tienen poder y con los desheredados de nuestro mundo. En las fronteras. Buscando, aún hoy, ser fuegos que encienden otros fuegos con la pasión del Evangelio.



José María Rodríguez Olaizola (Oviedo, 1970), sacerdote jesuita, teólogo y sociólogo, trabaja en pastoral con universitarios en Madrid, España. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista *Sal Terrae*. Integrante del equipo que lleva adelante el sitio web “Rezando voy”. Es autor de libros y artículos en los que, desde la perspectiva evangélica, reflexiona acerca de problemáticas actuales tales como los miedos, las adicciones, la vida acelerada. Entre sus obras se destacan *Hoy es ahora, gente sólida para tiempos líquidos*, *Ignacio de Loyola, nunca solo*, *Bailando con la soledad*, y *Contemplaciones de papel*.

fides
iustitia
utilitas
humanitas





“La imagen de las raíces inspira porque evoca la necesidad de alimentarnos con las mejores nutrientes a nuestro alcance. Como es el caso de los valores que alientan y señalan un modo de proceder que ayuda a encontrarse con uno mismo, revitaliza lo mejor de la institución, crea una perspectiva y un lenguaje co-mún que permite el entendimiento en la diversidad.

A la vez, las raíces evocan el apoyo entre muchas personas e instituciones que hacen posible la existencia y el crecimiento de una de las organizaciones más complejas de la sociedad: la Universidad. Especial-mente, si se trata de una institución que acepta todos los desafíos que se proponen a una casa de altos estudios.

Compromiso y colaboración son parte de un mismo dinamismo que define y alienta a la Universidad Católica de Córdoba.”

P. Dr. Alfonso José Gómez, sj



**UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CÓRDOBA**
JESUITAS